

El Culto al Escritor



AFUERA el frío enemigo de New York, la nieve ya sucia congelada sobre las aceras; adentro la tibieza de una sencilla y pequeña galería de arte, un pequeño resplandor cálido en mitad de la noche. Unas sillas caprichosamente dispuestas figuran un auditorio para una decena de personas ensimismadas. Junto a una mesa una mujer alta y erguida lee en un libro, aproximándolo a la lámpara, y en aquel silencio que se ha devorado al mundo, parece una sacerdotisa entonando un salmo.

Otra mujer se nos acerca. Con una mustia sonrisa sobre su rostro lavado nos ofrece café y pregunta a uno de mis amigos si podría tomar el próximo turno de lectura. Cuando nos trae las tazas humeantes, me estrecha la mano y musita que en la tarde leyó durante una hora John Cage, "ma-ra-vi-llo-sa-men-te". Se sienta lejos en una silla apartada para oír, como en un éxtasis. Hay también un viejecito que con la cabeza lleva el compás de la lectura mientras come unas galletitas que saca de un envoltorio sobre sus rodillas.

Parece un funeral laico y es un homenaje al arte, nacido de una casi religiosa devoción por un escritor. Lo que resuena como una algarabía son las aliteraciones de "The Making of Americans", la compleja y experimental obra de Gertrude Stein, que un grupo de admiradores lee en voz alta una vez al año, sin interrupción. Cada hora se suceden los miembros del culto, conocidos o meros desconocidos que abren la puerta de la galería y se suman al ritual, leyendo una obra que insume cincuenta horas continuadas, día y noche. Cambian los lectores, cambia el raleado auditorio, cambian las horas, los días, y sigue resonando la palabra de Gertrude Stein, una escritora de minorías, que pasó la mayor parte de su vida en París,

donde construyó una obra difícil al compás de la renovación de las artes del siglo XX y que sus compatriotas están ahora recuperando mediante fieles y reducidos grupos como éste. La función protectora de los cenáculos es aquí evidente: custodian una obra que aún carece de su público y preparan a éste para recibirla.

Pero eso sólo pueden hacerlo mediante un culto casi religioso que pocos escritores han logrado y que nada tiene que ver con las excelencias literarias, sino con una calidad intrínseca de la obra y de la personalidad del artista, quien genera por sí mismo este círculo mágico que habrá de rodearlo después de muerto. Así pasó con Mallarmé, así pasa ahora con esta Gertrude Stein. Para lo cual ella también debió ser un vigía de lo nuevo, cosa que aprendió en esas ochenta sesiones que le tomó a Picasso hacer su retrato, allí por 1907. El pintor la vio con los mismos ojos con que años después la retrató Hemingway cuando visitaba su casa de la rue Fleurus para consultarla sobre su estilo: "muy grande, pero no alta y fuertemente construida como una campesina".

En la pintura cubista, para la cual prácticamente nadie tenía ojos atentos en la época, descubrió Gertrude Stein una perspectiva nueva y original para la creación artística. Al tiempo que hacía su notable colección de pintura moderna, buscaba equivalencias en las letras de los modos de composición cubista, aunque con menos suerte. El mismo Hemingway recuerda en sus memorias (París era una fiesta) que persuadió, mejor dicho, forzó a Ford Madox Ford para que publicara "The Making of Americans" por entregas en Transatlantic Review, poniendo en peligro la supervivencia de la revista misma, pues entonces, y tampoco hoy, existía un público dispuesto a acoger ese producto.

La fama de Gertrude Stein se ha mantenido gracias a esa función de introductora de las corrientes modernas desde Europa, al testimonio admirativo de sus contemporáneos acerca de su poderosa y egolátrica personalidad (que recientemente ha reunido una investigadora en el libro Gertrude Stein: a composite portrait), a sus terribles dictámenes, como aquel sobre los jóvenes escritores norteamericanos, "Ustedes son una generación perdida", quizás sin saber que estaba bautizando con esas dos palabras a la más exitosa generación literaria de los Estados Unidos, a algunos de sus textos personales como "Autobiografía de Alice Toklas", usando el nombre de la compañera de su vida, a un verso que ha motivado las más extensas exégesis: "A rose is a rose is a rose is a rose". Thornton Wilder ha evocado la respuesta colérica de Gertrude Stein a un estudiante que la interrogaba sobre el significado de ese texto repetitivo, seguramente mirándola desde la soberbia que presta la ignorancia: "Lea joven. Yo no soy una loca. Sé bien que en la vida cotidiana no andamos repitiendo "es una... es una... es una...". Sí, no soy una loca: pero creo que en ese verso la rosa es roja por primera vez en la poesía inglesa de los últimos cien años".

Ese imperativo modo de creer de manera plena y absoluta, esa pasión del arte, esa confianza casi candorosa en la verdad segura del espíritu vanguardista, esa extremación del yo, son los que explican esta reunión devota en una helada noche neoyorquina. Y cuando salgo a la calle y los miro por última vez a través de los cristales, las hieráticas y silenciosas figuras cobran definitivo sentido: no custodian simplemente a un escritor, sino que en él reverencian el vuelo más alto y enigmático de que son capaces los hombres.

Angel Rama

El Nacional Caracas, 14 de Feb. 1977, A, 4 1260